

¿Qué he visto en Taizé?

J. J. RODRÍGUEZ MEDINA

SALAMANCA

Conocer Taizé, pasar un tiempo allí, sentir la experiencia dentro, interpretar ese signo era un deseo acariciado de hacía tiempo. Deseaba encontrar una ocasión para acercarme y vivir por dentro un fenómeno que, sinceramente, no llegaba a comprender del todo no obstante mi real simpatía connotada hacia iniciativas de esa índole. ¿Cómo es posible que una masa de jóvenes, sin distinción de confesiones ni nacionalidades sienta fascinada por unos monjes protestantes, célibes, con estilo de vida eminentemente contemplativo y gratuito, ajenos hasta en la misma organización material de su vida a esas urgencias propias de nuestra sociedad moderna: producción, consumo, intereses económicos, comodidades, prisas en el empleo del tiempo, incluido el litúrgico?

Deseaba conocer ese misterio y comprobar qué podría aportar esa experiencia a mis preocupaciones pastorales, tanto teológicas como vitales.

Lo confieso ingenuamente: a menudo, intrigado, he hecho preguntas como éstas a amigos o discípulos que me precedieron en la visita a Taizé: ¿qué se hace allí?; ¿por qué ese impacto tan fuerte?; ¿por qué Taizé cuestiona tanto?; ¿en dónde está el secreto, el quid, el nudo de la conversión que allí se opera? ¿cómo podría reducirse a palabras inteligibles todo ese cuestionamiento?

Días antes, en la semana de Pascua, estuvieron allí un grupo de jóvenes estudiantes de COU y de la Universidad de Salamanca y algunos alumnos sacerdotes del Instituto San Pío de Tejares. Después organizamos una mesa redonda, abierta incluso a seculares adultos, miembros de algunas comunidades de base de la ciudad. Las mismas preguntas nos las formu-

bamos todos: ¿Qué sucede allí? ¿Pueden entenderse mentalidades, tendencias y sexos con preocupaciones tan diferentes? Finalmente, en la última reunión del Equipo Europeo de Catequistas celebrado este año en Zurich en la primera semana de junio, ese equipo de directivos y pensadores de la catequesis europea se planteó también el problema: «Los jóvenes que antes eran asiduos a nuestra catequesis, hoy nos abandonan en masa. No sabemos qué hacer. Sin embargo, fenómenos como Taizé representan la experiencia contraria. ¿Qué sucede entonces? ¿No serán acaso nuestros métodos tradicionales de evangelización, catequesis y liturgia los que necesitan revisión a fondo, de acuerdo con las exigencias específicas de la juventud?».

Los que habían estado en Taizé veían el hecho claro o, mejor dicho, lo «sentían» como realidad evidente. Otra cosa era comunicarlo. Como en toda experiencia religiosa, la comunicación era poco menos que imposible y siempre apelaba de una forma u otra a una cita personal del demandante con el signo de Taizé.

Yo diría, entre paréntesis, que fenómeno análogo se está dando hoy de modo muy acusado en los así llamados movimientos carismáticos o de renovación cristiana, tan en boga en las dos Américas, como he comprobado personalmente en el verano de 1974 en un viaje a través de varios países de América Latina. Cuando se asiste y trata uno de integrarse en ellos, en actitud y con deseos de buscar la verdad, se siente forzado cuando menos a tomar una postura interrogante, formulándose seriamente esta pregunta: ¿No estará aquí el dedo de Dios? ¿No será ésta una explosión del Espíritu del Dios vivo en la comunidad cristiana, como un mar impetuoso y lleno de vida y de fuerza que pugna por romper los moldes de una oración cristiana y de una liturgia oficial clericalizada, esclerosificada y sin garra?

Tras un viaje largo y no pocas dificultades para encontrar el lugar, llegamos a Taizé el día de Pentecostés por la mañana. Conmigo iba Antonio Vivo, sacerdote alicantino y profesor de Teología Pastoral en la Universidad de Burgos y dos compañeros más, seculares. Nos llamó la atención la dificultad en encontrar el sitio. No está apenas señalizado, no hay propa-

ganda que lo indique en las localidades próximas; incluso muchos habitantes de la región lionesa en que se encuentra marcada la abadía, desconocían el lugar. Ello nos hizo pensar en su escaso o nulo interés turístico e intuir que Taizé ejerce un influjo de signo distinto al que notamos en otros lugares religiosos, tales como Roma, Santiago e incluso Jerusalén, que reúnen también a muchos visitantes pero con motivaciones muy variadas, algunas de ellas ambiguas. A Taizé parece caer en suerte la misión de representar unos valores netamente espirituales y humanos que el hombre religioso necesita tanto que, hoy por hoy, ve encarnados en este lugar. Digo hoy y hoy, porque la misión de Taizé puede ser temporal y pasajera en la medida en que ese signo se generalice, se haga realidad, cree mentalidad en muchos otros lugares y ambientes. Así sucedió, por ejemplo, con los lugares en otro tiempo privilegiados del movimiento litúrgico. Conocemos ciudades —Salamanca es una de ellas— donde antiguos peregrinos de Taizé se reúnen periódicamente para alentarse y hacer extensiva en el propio ambiente la llama que se encendió en su peregrinación Taizé.

Nos encontramos con unos cinco mil jóvenes de menos de años en su casi totalidad, provenientes de varios países europeos, sobre todo de Francia, Suiza, Alemania y Holanda. Viajan en el coche económico y sobre todo en motocicletas y autostop. Su vestido y formas de presentación eran visiblemente desgarrados y desaliñados como pedía un viaje realizado con determinados objetivos y en condiciones económicas no precarias. Los vimos en grandes campamentos y bajo tiendas tendidas o tendidos en el campo, en los alrededores de las tiendas orando con las formas y posturas más variadas y libres, en el gran templo-campamento prefabricado en el campus de Taizé. Intentaré describir las impresiones que más impacto produjeron en mí e interpretar con reflexiones personales las motivaciones que yo considero más importantes del mensaje que Taizé está dando hoy al mundo.

se experimenta la oración

Fue para mí el mejor recuerdo. Ya una universitaria segrega que había estado allí, me había dicho lo mismo: «Taizé, de me ha hecho descubrir el valor de la oración en la totalidad».

mi existencia. Hasta hoy, para mí, había sido irrelevante. Ahora siento que la oración es el centro de mi existencia cristiana».

El conjunto mismo de Taizé; el ambiente que allí se respira; las relaciones dentro del máximo respeto y discreción; el clima exterior en el cual no se oye una voz estridente; la conversión que en todos gira en torno a temas de fondo humano, religioso y cristiano, la misma forma de solicitar el silencio para iniciar los tres momentos principales de oración —unos jóvenes voluntarios, en silencio, con unas tablillas en la mano escritas en varias lenguas con la palabra «silencio», las muestran a los participantes—: todo ello le ponen a uno en el disparadero que convierte en insensible y espontáneo el abrirse a la llamada de Dios por la oración.

El templo de Taizé recuerda, por los materiales de fabricación y la estructura externa, la tienda de campaña provisional, levantada por los israelitas para orar en asamblea de Dios durante su marcha por el desierto. Entrar en ese templo y verse sumergido en el misterio de la presencia de Dios, es todo uno. En el templo nos topamos en cualquier momento del día con 50 ó 100 peregrinos echados por tierra, tendidos, boca arriba o abajo, sentados en el suelo, con las posturas orantes del yoga, con las manos alzadas, con la cabeza entre las manos... en intensa oración, sin muestras de respeto humano. Cuando el hecho es narrado a personas extrañas, fuera del contexto, es fácil que brote el ademán escéptico y burlón. Allí mismo es difícil resistirse. A todos nos impresionan esos gestos orantes y terminamos orando con las mismas formas, convencidos vitalmente de la seriedad y eficacia que contienen. El orar con todo el cuerpo constituye incluso una experiencia nueva e inolvidable para la mayor parte de nosotros, herederos en demasía del formalismo y del cartesianismo en todo cuanto al uso de los sentidos corporales en nuestra vida de oración se refiere. En ningún momento observé que nadie manifestara tomar en bromas las expresiones religiosas externas de oración. Le parecía a uno sentirse en un universo nuevo, donde los valores poseían significados y quilates muy diferentes de los que se aceptan en el mundo superficial y materialista en que vivimos.

La forma como el templo está dispuesto para la oración y la Eucaristía crea un clima religioso excelente. Hay un amplio espacio central en forma de cuadrilátero tirando más bien hacia

el rectángulo, prácticamente vacío (sólo algunos minúsculos banquitos cuadrados, sin respaldo, individuales y portátiles que permiten cambiar en un momento la distribución de la asamblea cuando la naturaleza del acto celebrado lo pide, de graderíos en forma de teatro). Ello permite a una masa de varios millares de jóvenes presenciar sin dificultad actos litúrgicos. Los monjes ocupan un lugar en la parte delantera de la nave. Se distinguen del resto de la asamblea por el hecho de encontrarse juntos y con vestiduras ministeriales blancas. Sólo suben al altar y se separan de la asamblea al partir del ofertorio.

¿En qué estriba el interés particular que ofrece la oración litúrgica a todos los peregrinos? Y digo a *todos* porque es así. En efecto, la participación litúrgica es masiva. Se acude con premura para ocupar los mejores puestos, los más próximos al altar y a los monjes; fuera, en los campamentos, no queda literalmente nadie durante los tres principales tiempos de oración (mañana, mediodía y atardecer), que las campanas anuncian solemnemente. Impresiona en los peregrinos su espectáculo en torno a estos momentos de oración: son como los hitos, los tiempos fuertes del día que, de alguna manera, están pesando sobre el resto de la jornada. A los recién llegados, la pregunta habitual de los «veteranos» es más o menos ésta: «¿Has asistido ya a la Eucaristía?». La respuesta negativa va seguida de una nueva intervención: «Entonces, aun no sabes bien lo que es Taizé». Este interés por los actos culturales es significativo del interés que suscita allí la oración comunitaria.

A mi entender, el acierto de la oración comunitaria estriba en la extrema sencillez de la celebración; en la cuidadosa preparación de los cantos que siempre precede al acto; en la sensación que se masca de que ningún rito, oración, lectura o canto se ha colocado allí sólo por llenar un tiempo o realizar el esquema de la oración previsto: a primera vista da la sensación de que nada ha sido preparado, y sin embargo, la realidad es bien distinta en el ritmo sereno e incluso lento de la celebración: sus diversas partes se van sucediendo sin sacudidas violentas en una especie de balanceamiento alegre y grácil entre el coro, los monjes y el pueblo, como si un ojo omnipresente, atento a cada participante,

y al conjunto de la asamblea, dirigiera suavemente el timón de la oración, respetando el ritmo de todos y de cada uno.

Añadiría un elemento importante que no siempre cuidamos bien en nuestras liturgias. Me refiero al arte y técnica como han logrado adaptar los diversos micrófonos, discretamente disimulados en los espacios que ocupan los monjes en la nave. La expresión verbal en sus diferentes formas va entrando cadenciosamente en el cuerpo de los millares de participantes que parecen tener a su lado mismo al lector, cantor, salmista, monitor... Ello se debe a un exquisito dominio de la voz y del ritmo de la expresión, unido a la técnica de los micrófonos.

Los símbolos escogidos para significar la fiesta del día, al mismo tiempo que expresivos, llamaban la atención por su sencillez. Para aquel día de Pentecostés se habían colocado en el presbiterio doce sencillas tablas rectangulares alargadas y portátiles —los 12 apóstoles— que, iluminadas por dentro recordaban las lenguas de fuego sobre los apóstoles el día de Pentecostés. Dada la extremada simplicidad de los elementos ornamentales del templo, esos motivos específicos de cada fiesta se imponen como espontáneamente a los asistentes y constituyen innegables elementos catequísticos.

se siente fraternidad

Es también un clima. Acaso es ésta la nota que mundialmente define a Taizé y el mensaje principal que ha dado al mundo y, más en concreto, a las confesiones cristianas: el ecumenismo, la fraternidad, la superación de lo que nos divide, el esfuerzo por el encuentro de todos en Cristo.

El extraño se siente en casa al instante, apenas llega, pide información, se dirige a la recepción, pretende integrarse en un grupo de reflexión y de oración o pide prestadas unas monedas para comprar unos sellos o tarjetas. La estancia y manutención en el «Albiot» —construcción prefabricada en que se ofrece comida y habitación a los que prefieren no dormir en tiendas— no tiene precios fijos: uno da lo que puede según sus posibilidades económicas.

Los grupos de discusión y oración reúnen indistintamente y con suma flexibilidad a individuos de diversas procedencias, lenguas y religiones. Recuerdo la manera cómo enfocaba en

mi grupo una chica católica el problema religioso, dialoga con un joven musulmán: «¿Qué supone para ti tu religión y qué medida da sentido y cambia tu vida?».

En Taizé se han procurado desdibujar las diferencias e confesiones cristianas. No quisiera aminorar la dificultad entraña por la desorientación a que presta, por ejemplo, el hecho de que mi compañero, sacerdote, y yo, no sabíamos ciencia cierta si estábamos asistiendo a una Eucaristía católica o protestante; pero no es nada desdeñable el avance ecuménico inmenso que supone el encontrarse y «sentirse» juntos, celebrando la Eucaristía, participando de un mismo pan... cristiano para quienes hace sólo unos años era inconcebible dirigirse juntos en oración al único Señor objeto de su fe. ¿No es este camino de la fraternidad en la oración más humano, más cristiano y más eficaz que ningún otro para ulteriores aproximaciones de diversa índole entre los cristianos? Ya el Papa Juan XXIII había pedido en su tiempo a los católicos orientales ciertas actitudes y gestos significativos de la unión cristiana, más que entablar discusiones doctrinales o pedir responsabilidades sobre contingencias históricas pasadas. ¿No es la celebración eucarística uno de los gestos más significativos de la fraternidad que se vive o se busca?

Yo diría que en Taizé se celebra y se siente la unidad y fraternidad y se dejan relegadas —acaso intencionalmente— los aspectos de ortodoxia subyacentes. ¿No se ha vivido demasiado tiempo marcados por la vivencia opuesta? ¿Posturas doctrinales distintas —que muchas veces hubieran servido para mutuo enriquecimiento de haberles prestado atención— pedían participar juntos, en la oración, de la vivencia del único Cristo de nuestra fe!

Terminaría aludiendo al gesto de consejo espiritual que, como a los monjes, lo solicitan, reciben de los monjes, individualmente, en el templo. Es un signo sencillo que nos recuerda la confesión católica, expresivo, realizado a la vista de cuantos en ese momento están en el templo. Subraya la necesidad que todos tenemos de consejo, de la ayuda y de la oración de nuestros hermanos católicos, independientemente de su estado de vida. Es significativo el que este gesto se haya incorporado también en los movimientos religiosos americanos contemporáneos de renovación católica y el que hunda sus raíces en la tradición cristiana y el mismo evangelio.

**se vive la
libertad**

Mientras describía la experiencia de Taizé, leía el hermoso libro de Jürgen Moltmann, *Sobre la libertad, la alegría y el juego. Los primeros libertos de la creación*, publicado por la Editorial Sígueme. Es un canto a la fiesta y a la libertad de los hijos de Dios, tan minimizadas en los últimos siglos por excesivas preocupaciones de índole ética, introducidas en la formación y dirección espiritual de los cristianos.

Trataba el tema con un conocido catequista español, amigo, que estuvo el día de Pascua en Taizé. Nos preguntábamos cuál era el motivo que hace sentirse y moverse allí a gusto, no forzado, con la sensación de libertad, de sentirse uno mismo, de estar en su casa. Coincidíamos en esto, hablando con términos freudianos: Taizé representa una instancia religiosa en la cual ha desaparecido la fuerte impronta del padre que orienta, dirige, impone, ordena, establece leyes de juego, señala reglas a los ritos, orden y principios a las reuniones, formalismos y formulismos en la forma de vestir y de presentarse en la sociedad y en el acto religioso, en la comunidad cristiana e incluso en las entrevistas con el «jefe». Quienes conocen de cerca el sello de muchas de nuestras reuniones de católicos con tremenda impronta clerical clasista, así como las costumbres vaticanas, adivinan fácilmente la alusión. Es conocido, en efecto, el dirigismo que ha reinado, que aún continúa pesando de hecho en esos ambientes, y que constituyen fuerte handicap a la libre expresión, no sólo de la palabra, sino del tipo de sociedad que cada estamento, economía, edad e ideología tienen derecho a expresar, incluso con su porte y vestimenta exteriores.

En este aspecto, pienso que Taizé representa un universo muy distinto. Difícilmente puede localizarse allí la mano del dirigente, tal orientador u organizador, del ideólogo. No se oyen homilías. Todos pueden expresar su situación y convicciones. La presencia de Roger Schutz es imperceptible. El prior de Taizé es discretísimo en la comunicación de su mensaje a los demás y hasta en su misma presentación externa. En ciertos momentos determinados del día acude al templo y recibe durante unos instantes, individualmente, a los peregrinos que lo desean. Es un encuentro más bien simbólico: delante de un icono mariano de estilo bizantino, hace oración y da un beso de paz al peregrino y le impone las manos sobre su cabeza. Yo imaginaba ver en el gesto, realizado con la máxima sencillez e intencionalidad, a un tiempo la expresión del universo de oración caracte-

rístico de Taizé, de su preocupación ecuménica y de la liberación de quienes se atreven a abrazarse sin conocerse porque les pulsa la confianza que brota de la experiencia del mismo Eritu.

* * *

En este tiempo en que los educadores comprometidos en movimientos de juventud se plantean toda suerte de interrogantes y concluyen casi siempre en el desaliento y derrotismo estaría mal ahondar en los porqués de estos movimientos y sus resultados. Yo me los he formulado también en Taizé y vuelto sobre ellos en Centroamérica al ver tantos jóvenes ambos sexos, en las reuniones libres de las así llamadas oraciones carismáticas o de renovación cristiana, en esas asambleas de protestantes, al aire libre, bajo una lona de circo... Yo no estaba acostumbrado a verlos con tanto entusiasmo, ora a Cristo, elevando las manos, cantando con delirio en una acción ininterrumpida en que se diría que la duración o el tiempo no cuentan. ¿Por qué?

La gran tarea de la educación cristiana consiste en vencer el literalismo sin perder por ello los símbolos. Debe incorporar el elemento humanista en la enseñanza religiosa y capacitar al alumno para permanecer en la unidad de la Iglesia como persona adulta, crítica y sin embargo sometida a la fe. Cuando la enseñanza religiosa se muestra lo bastante fuerte como para integrar el principio humanista en su propia vida, puede no solamente mantener su lugar limitado en la situación cultural presente, sino incluso representar un papel cada vez más importante en una época como la nuestra en que se manifiesta un interés creciente por la religión.

El problema de la escuela religiosa sobrepasa la simple cuestión de un objetivo pedagógico particular. Es el problema de la relación entre el cristianismo y la cultura en general, del cristianismo y la educación en particular. Este problema nunca ha acabado de plantearse y debe recibir una nueva solución en cada generación. En este cuadro, la escuela cristiana es como un pequeño laboratorio en que las grandes cuestiones de la Iglesia y el mundo pueden estudiarse y encontrar una solución preliminar, una solución que eventualmente puede aportar una contribución inestimable a la solución de un problema más vasto.

PAUL TILLICH, Teología de la Cultura